Charles Perrault
Jacob y Wilhelm Grimm
Ludwig Tieck

CAPERUCITA ROJA



Ilustraciones de

Agustín Comotto
Marta Gómez-Pintado
Ana Juan
Alicia Martínez
Verónica Moretta
Elena Odriozola
Luis Scafati
Noemí Villamuza
Javier Zabala

Lectulandia

Caperucita Roja es el cuento de hadas de transmisión oral que mejor ha sobrevivido al paso del tiempo, como manifiestan las múltiples versiones que de esta historia se han realizado a través de los siglos.

Tiene muchas lecturas, pero ante todo es un cuento para jóvenes que, de alguna manera, simboliza el paso de la niñez a la adolescencia.

Esta edición reúne las tres principales versiones del cuento:

En 1697 Charles Perrault fue el primero en incluir en un volumen de cuentos la historia de Caperucita. Escribió una fábula moralizante con la intención de advertir a las «señoritas» de la corte sobre los peligros de «ciertos hombres», disfrazados de lobos.

En 1812 Jacob y Wilhelm Grimm retomaron el cuento y su versión es la más conocida hoy en día.

Por último publicamos una rareza, la versión dramática y en verso que el gran escritor alemán Ludwig Tieck escribió en 1800.

Lectulandia

AA. VV.

Caperucita Roja

ePub r1.0
Banshee 26.12.13

Título original: *Le Petit Chaperon Rouge* (Charles Perrault)
Título original: *Rothkäppchen* (Hermanos Grimm)
Título original: *Leben und Tod des kleinen Rothkäppchens* (Ludwig Tieck)
Charles Perrault, 1697
Hermanos Grimm, 1812
Ludwig Tieck, 1800
Traducción: Luis Alberto de Cuenca & Isabel Hernández
Ilustraciones: Agustín Comotto, Marta Gómez-Pîntado, Ana Juan, Alicia Martínez, Verónica Moretta, Elena Odriozola, Luis Scafati, Noemí Villamuza & Javier Zabala

Editor digital: Banshee
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com



Caperucita Roja

Traducción de Luis Alberto de Cuenca

Había una vez una niña de pueblo, la más bonita que hubieseis visto; su madre estaba loca con ella, y su abuela más loca todavía. Esta buena mujer encargó para ella una caperuza roja que le sentaba tan bien que todos la llamaban Caperucita Roja.

Un día, su madre, que había cocido y hecho tortas, le dijo:

—Ve a ver cómo anda tu abuela, pues me han dicho que estaba enferma. Llévale una torta y este tarrito de mantequilla.

Caperucita Roja salió en seguida para ir a casa de su abuela, que vivía en otro pueblo. Al pasar por un bosque, se encontró con el compadre Lobo, a quien le entraron muchas ganas de comérsela, pero no se atrevió, porque había algunos leñadores por la floresta.





Le preguntó adónde se dirigía. La pobre niña, que no sabía lo peligroso que es detenerse a escuchar a un lobo, le dijo:

—Voy a ver a mi abuela, y a llevarle una torta con un tarrito de mantequilla que mi madre le envía.

—¿Vive muy lejos? —le dijo el Lobo.

—¡Oh, sí! —dijo Caperucita Roja—. Al otro lado del molino que podéis ver allá

lejos, en la primera casa del pueblo.

—Pues bien —dijo el Lobo—, yo también quiero ir a verla; voy a tirar por este camino y tú por aquel, a ver quién llega antes.

El Lobo echó a correr con todas sus fuerzas por el camino que era más corto, y la niña se fue por el camino más largo, entreteniéndose en coger avellanas, correr detrás de las mariposas y hacer ramilletes con las florecillas que iba encontrando.

No tardó el Lobo en llegar a la casa de la abuela. Llama a la puerta: «Toc, toc».

—¿Quién es?

—Soy tu nieta, Caperucita Roja —dijo el Lobo, imitando la voz de la niña—, y te traigo una torta y un tarrito de mantequilla que mi madre te envía.

La buena de la abuela, que estaba en la cama porque se encontraba un poco mal, le gritó:

—Tira de la llave, que caerá el pestillo.[1]

El Lobo tiró de la llave y la puerta se abrió. Se arrojó sobre la buena mujer y la devoró en un periquete, pues hacía más de tres días que no había comido. Luego cerró la puerta y fue a acostarse en la cama de la abuela, esperando a Caperucita Roja, que llegó un poco después y llamó a la puerta: «Toc, toc».

—¿Quién es?

Caperucita Roja, que oyó el vozarrón del Lobo, tuvo miedo al principio, pero, creyendo que su abuela estaba resfriada, respondió:

—Soy tu nieta, Caperucita Roja, y te traigo una torta y un tarrito de mantequilla que mi madre te envía.

El Lobo le gritó, suavizando un poco la voz:

—Tira de la llave, que caerá el pestillo.

Caperucita Roja tiró de la llave y la puerta se abrió.

El Lobo, al verla entrar, le dijo mientras se ocultaba en la cama bajo la manta:

—Pon la torta y el tarrito de mantequilla encima del baúl y ven a acostarte conmigo.

Caperucita Roja se desnuda y va a meterse en la cama, donde se queda muy sorprendida al ver el aspecto que ofrece su abuela en paños menores. Le dice:

—Abuelita, ¡qué brazos tan grandes tienes!

—¡Son para abrazarte mejor, hija mía!

—Abuelita, ¡qué piernas tan grandes tienes!

—¡Son para correr mejor, niña mía!

—Abuelita, ¡qué orejas tan grandes tienes!

—¡Son para oír mejor, niña mía!

—Abuelita, ¡qué ojos tan grandes tienes!

—¡Son para verte mejor, niña mía!

—Abuelita, ¡qué dientes tan grandes tienes!

—¡Son para comerte!

Y diciendo estas palabras, el malvado Lobo se arrojó sobre Caperucita Roja y se la comió.



Caperucita Roja

Traducción de Isabel Hernández

Érase una vez una adorable niñita, a la que todos querían sólo con verla, pero quien más la quería era su abuela, que ya no sabía ni qué regalarle. En cierta ocasión le regaló una caperucita de terciopelo rojo, y, como le sentaba tan bien y la niña no quería ponerse otra cosa, todos la llamaron a partir de entonces Caperucita Roja.

Un buen día su madre le dijo:

—Mira, Caperucita, aquí tienes un trozo de tarta y una botella de vino, llévaselos a la abuela; está enferma y débil, y esto la reanimará. Ponte en camino antes de que empiece a hacer calor, y cuando te marches, anda con cuidado y no te apartes del sendero, no vaya a ser que te caigas, se rompa la botella y la abuela se quede sin nada. Y cuando llegues a su casa, no te olvides de darle los buenos días, y no te pongas a hurgar por todos los rincones.



—Lo haré todo muy bien —dijo Caperucita Roja a su madre dándole la mano.

Pero la abuela vivía en el bosque, a media hora de la aldea. Cuando Caperucita Roja llegó al bosque, el lobo le salió al encuentro. Caperucita Roja no sabía qué animal tan malvado era y no se asustó.

—¡Buenos días, Caperucita Roja! —le dijo.

—¡Muchas gracias, lobo!

—¿Adónde vas tan temprano, Caperucita Roja?

—A casa de mi abuela.

—¿Qué llevas en tu cestita?

—Una tarta y vino. Estuvimos haciéndola ayer en el horno; la abuela está enferma y débil y necesita algo bueno para fortalecerse.

—Caperucita Roja, ¿dónde vive tu abuela?

—A un buen cuarto de hora por el bosque, su casa está bajo los tres grandes robles; allí abajo están también los nogales, seguro que tú sabes dónde —dijo Caperucita Roja.

El lobo pensó: «Esta cosita joven y tierna es un suculento bocado, seguro que sabrá mucho mejor que la vieja. Tienes que ser muy astuto si quieres tragarte a las dos». Entonces anduvo un rato al lado de Caperucita y luego dijo:

—Caperucita Roja, mira qué flores tan hermosas hay a tu alrededor, ¿por qué no las miras? Me parece que ni siquiera oyes los adorables cantos de los pajarillos. Vas ensimismada, como si fueras a la escuela, y, sin embargo, ¡es tan divertido andar por el bosque!

Caperucita Roja abrió bien los ojos, y al ver cómo los rayos del sol danzaban de un lado para otro a través de los árboles, y que todo estaba lleno de hermosas flores, pensó: «Si le llevo a la abuela un ramo de flores frescas también le alegrará; es muy temprano, así que llegaré a tiempo», de modo que se apartó del camino y se adentró en el bosque en busca de flores. Y tras haber cortado una, pensó que más allá habría otra más bonita y, de ese modo, fue internándose cada vez más en el bosque. El lobo, sin embargo, se fue directamente a casa de la abuela y llamó a la puerta.

—¿Quién está ahí?

—Caperucita Roja, que te trae una tarta y vino, abre.



—No tienes más que bajar el picaporte —exclamó la abuela—; yo estoy muy débil y no puedo levantarme.

El lobo bajó el picaporte, la puerta se abrió de par en par y, sin pronunciar una sola palabra, se fue derecho a la cama de la abuela y se la tragó. Entonces, se puso su ropa, se colocó su gorro de dormir, se metió en la cama y corrió las cortinas.

Caperucita Roja había estado buscando las flores y, cuando hubo cogido tantas

que ya no podía llevar ni una más, volvió a acordarse de la abuela y se encaminó a su casa. Se asombró de que la puerta estuviera abierta y, al entrar en la sala, todo le pareció tan extraño que pensó: «¡Ay, Dios mío, qué miedo siento hoy, con lo que me gusta siempre venir a casa de la abuela!». Y dijo:

—Buenos días.

Pero no obtuvo respuesta alguna.





omerte
mejor.



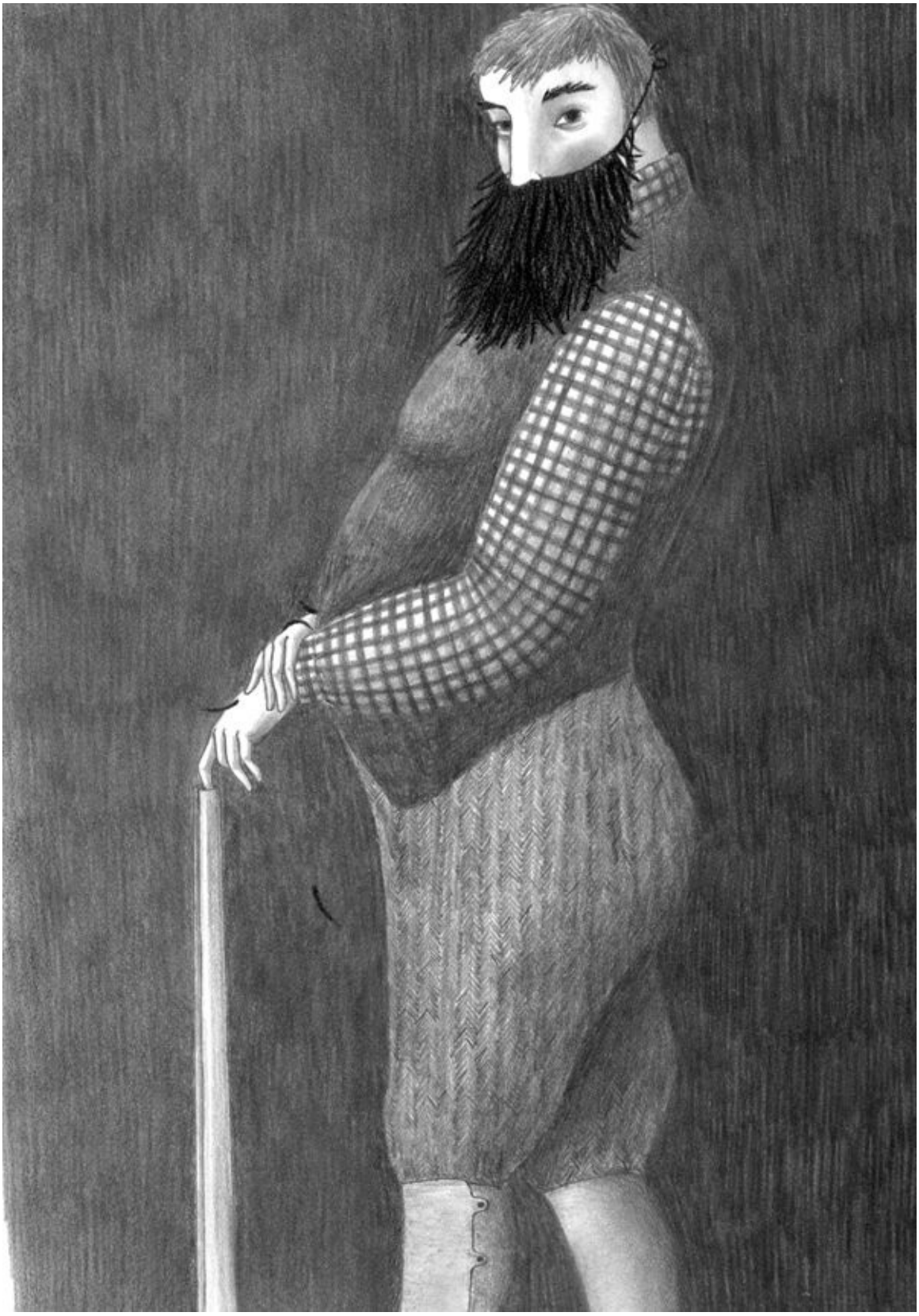
No había terminado de decir esto el lobo cuando salió de la cama de un salto y devoró a la pobre Caperucita Roja.

Cuando el lobo hubo saciado su apetito, volvió a meterse en la cama, se durmió y empezó a lanzar unos sonoros ronquidos. Justo en ese momento el cazador pasaba por delante de la casa, y pensó: «¡Cómo ronca la anciana! Tienes que ver si le pasa algo». Entonces entró en la sala y, al acercarse a la cama, vio al lobo tumbado en ella.

—Mira dónde te encuentro, viejo pecador —dijo—; hace mucho tiempo que te ando buscando.

Se disponía a preparar la escopeta cuando se le ocurrió que el lobo podía haberse comido a la anciana y que tal vez podría salvarla todavía, así que no disparó, sino que cogió unas tijeras y empezó a cortarle la barriga al lobo, que estaba dormido. Tras dar un par de cortes, vio relucir la roja caperuza; dio unos cortes más y la niña salió de un salto gritando:

—¡Ay, qué susto he pasado, qué oscuro estaba todo en la barriga del lobo!



Y después salió la anciana abuela, también viva, sin poder respirar apenas. Caperucita Roja trajo rápidamente unas piedras grandes y con ellas llenaron la barriga del lobo; y cuando este despertó, quiso levantarse de un salto y salir corriendo, pero las piedras le pesaban tanto que en ese mismo instante se cayó y se mató.

Entonces los tres se pusieron muy contentos: el cazador le arrancó la piel al lobo

y se la llevó a casa, y la abuela se comió la tarta y se bebió el vino que Caperucita Roja le había llevado. Caperucita, sin embargo, pensó: «Jamás en la vida volverás a apartarte del camino y adentrarte en el bosque cuando tu madre te lo haya prohibido».

Se cuenta también que en otra ocasión en que Caperucita Roja llevaba pasteles a la abuela, otro lobo le habló, y trató de hacer que se saliera del sendero. Sin embargo, Caperucita Roja se cuidó mucho de ello, siguió derecha por su camino, y le contó a su abuela que se había encontrado con el lobo y que le había dado los buenos días, pero con una mirada muy malvada:



—Si no hubiera sido porque estábamos en medio del camino, seguro que me hubiera devorado.

—Ven —dijo la abuela—, cerraremos bien la puerta para que no pueda entrar.

Al cabo de un rato el lobo llamó a la puerta y gritó:

—¡Abre, abuela, soy Caperucita Roja y te traigo unos pasteles!

Pero ellas callaron y no abrieron la puerta, así que aquel cabeza gris se puso a dar

vueltas alrededor de la casa y, al final, se subió al tejado para esperar hasta que Caperucita Roja regresara a su casa al atardecer; entonces la seguiría y la devoraría en la oscuridad. Sin embargo, la abuela se percató de lo que tenía en mente. Delante de la casa había una gran artesa de piedra, así que le dijo a la niña:

—Coge el cubo, Caperucita Roja, ayer hice unas salchichas; echa en la artesa el agua en la que las cocí.

Caperucita Roja no dejó de llevar agua hasta que la enorme artesa estuvo llena del todo. Entonces el olor de las salchichas le llegó al lobo a la nariz; empezó a olfatear y a mirar hacia abajo, y, al final, estiró tanto el cuello que no pudo sujetarse y empezó a resbalarse: así que se resbaló del tejado y justo fue a caer de bruces en la enorme artesa, y se ahogó. Y Caperucita Roja regresó contenta a casa, y nadie le hizo jamás mal alguno.



Vida y muerte de la pequeña Caperucita Roja
(Una tragedia)

Traducción de Isabel Hernández

PERSONAJES

LA ABUELA

CAPERUCITA ROJA

HANNE, UNA JOVEN CAMPESINA

EL CAZADOR

DOS PETIRROJOS

EL LOBO

EL PERRO

UN CAMPESINO

PETER

SU NOVIA

EL RUISEÑOR

EL CUCO

ESCENA PRIMERA

Sala de estar.

La abuela está sentada leyendo.

Qué día tan hermoso hace
en el que a uno servir a Dios le place,
el cielo está claro, hasta aquí entra el sol,
recogimiento ha de sentir el corazón.
Oigo las campanas desde lejos,
hoy es un domingo perfecto,
los árboles se inclinan susurrantes ante la ventana,
como si de mostrarse temerosos de Dios gustaran.
Vivo aquí, muy lejos del pueblo,
si no, a la iglesia iría bien a tiempo,

pero soy vieja, enferma he estado,
por eso prefiero leer mi libro de cantos,
con ello el Señor tendrá que contentarse,
una pobre mujer más no puede esforzarse.

Bosteza y cierra el libro.

¡Ay, Dios! ¡Cómo anda el mundo!
Sí, sí, está muy mal todo en su conjunto.
Mi hija Elsbeth hoy una tarta hará,
y seguro que Caperucita Roja me visitará.
¿Se abre la puerta o es el viento?
Creo que la pequeña ya está dentro.

Entra Caperucita Roja.

CAPERUCITA ROJA.—
Buenos días, ¿cómo estás, abuela querida?

ABUELA.—
Así, así… algo cansada, muchas gracias, mi niña.

CAPERUCITA ROJA.—
Por la puerta muy despacio he entrado;
«si no ha dormido bien», he pensado,
«puede que ahora un poco adormecida se encuentre,
y del sueño despertarla no debes».

ABUELA.—
Hoy muy pronto me he despertado
y leyendo la palabra de Dios he estado.

CAPERUCITA ROJA.—
¡Qué buena eres! Hoy ha hecho madre
una tarta hermosa y grande,
un pedazo aquí para ti tengo.

ABUELA.—
¡Caramba! Qué aspecto tan estupendo.
¡Muchas gracias, mi niña, qué bueno!
¿Y tus queridos padres dónde están?

CAPERUCITA ROJA.—

Supongo que en la iglesia andarán.
Al pasar, el órgano sonaba
muy alegre, el coro fuerte cantaba.
La iglesia está hoy muy concurrida,
en ella el intendente predica,
el pastor está todavía enfermo,
por eso hoy está todo lleno,
creen que este el texto explicará mejor.
Afuera has echado limpia y fresca tierra de labor.

ABUELA.—

Hay que recordar que hoy es domingo,
si no, vive uno cual ateo y no cual fiel de Cristo.

CAPERUCITA ROJA.—

¡Por eso hoy de blanco me han puesto,
mira las flores de colores, el traje nuevo!
Gran alegría la caperucita me da,
que tú me regalaste por Navidad.
Todos me dicen con seguridad,
que la caperuza a un lado debería dejar,
y no llevarla siempre, un día y otro,
pero ningún color me gusta más que el rojo.

ABUELA.—

Ay, mi niña, llévala sin problemas,
yo te la regalé por Nochebuena,
te queda muy bien, y como bien conoces,
Caperucita Roja te llaman desde entonces;
si se gasta, otra nueva sabremos hacer.

CAPERUCITA ROJA.—

¡Para mí sería un inmenso placer,
si antes la Confirmación pudieran darme!
Entonces una nueva caperuza roja tendrías que
regalarme.

ABUELA.—

En eso ahora no debes pensar,

apenas tienes siete años, y a esa edad
a ningún niño llevan a la mesa del Señor,
no entienden aún nada de religión,
tampoco podrías llevar un gorro bermejo,
tendrías que portarte bien y vestir de negro,
un manguito, un alto cuello;
Dios nuestro Señor no da por bueno
que a él se llegue brincando como a la pista
de baile, y su palabra con gorros rojos en la iglesia
se cante.

CAPERUCITA ROJA.—

A la iglesia así he ido,
y nadie por ello nada me ha dicho.

ABUELA.—

Eso es porque eres una niña,
y a los menores no mira de forma tan precisa.

CAPERUCITA ROJA.—

¿Qué tiene Dios tan en contra
de estas bonitas gorras rojas?

ABUELA.—

¡Ay, calla, niña malvada! Lo primero
es que aún no sabes tú nada de eso;
quien en el reino de los cielos quiera entrar,
cosas difíciles tendrá que aceptar.
¡Ojalá tanto me deje vivir Dios
como para regalarte un gorrito en tu Confirmación!
Pero no debemos olvidar
que pronto mi alma tendré que entregar.

CAPERUCITA ROJA.—

Abuela, no, eso no corre prisa.

ABUELA.—

El tiempo pasa, la muerte arriba.
¡Me pongo en sus manos!
¿Quién sabe si mi fin está cercano?

CAPERUCITA ROJA.—

Abuelita, si me quieres,
preocuparme de ese modo no debes.
Tienes que quedarte aquí, a mi lado,
y juntas pasaremos el rato;
otra vez conmigo traeré mi muñequita de trapo,
y te alegrará de seguro.

ABUELA.—

Ay, niña querida, en este mundo
a menudo se está a un paso del sepulcro,
y que aún se ha de llegar muy lejos se piensa.
Mira, la tarta nos hemos comido entera.
¿Qué hace tu padre? ¿Por qué hasta aquí no se llega?

CAPERUCITA ROJA.—

Le duelen las piernas, andar le cuesta,
una rodilla tiene muy hinchada.

ABUELA.—

Seguro que algo necesitaba.

CAPERUCITA ROJA.—

Algunas cosas ya se ha tomado,
pero muy bien no le han sentado,
el cura dice que es por la bebida,
que tiene que dejarla con las medicinas;
pero eso mucho no le agrada,
dice que el cura lo enfada,
que tres veces más bebe él,
y las piernas bien puede mover.

ABUELA.—

Su primera alegría, ¡qué malas gentes!,
siempre ha de ser el aguardiente.

CAPERUCITA ROJA.—

Sí, algunas disputas nos procura;
pero madre tiene razón, pues asegura
que beber trabajar le impide.

Padre se enfada y se pone terrible.

ABUELA.—

Calla, hija mía, de niños no es propio
hablar ni opinar de tales negocios.

CAPERUCITA ROJA.—

También a madre le toca la conciencia,
que de mi presencia ni siquiera se avergüenza,
cuando de noche borracho dando tumbos a casa llega,
y sin causa alguna alborota y pelea.
Unas flores preciosas te he traído,
un poco más y casi me olvido,
todo el bosque de rojo está florido,
en la espesura, de miles de aves resuena su sonido.

ABUELA.—

¡Vaya, en el bolsillo, al meter la mano,
las lindas florecitas has destrozado!
Sigues y seguirás siendo todo un torbellino.

CAPERUCITA ROJA.—

Cuando hoy iba por el camino,
a cogerlas impelida me sentía,
mientras ellas a mis pies reían;
me pareció que en la ventana ponerlas podrías.
Escucha, ¿por qué los perros de esa forma ladran?

ABUELA.—

Se dice que hace días que un lobo por aquí anda
al que todos de seguro quieren dar rápido caza.

CAPERUCITA ROJA.—

A la puerta de tu casa todo es tan ameno,
junto a tu ventana susurra el bosque entero,
sin descanso las aves saltan y cantan
y alegres pían de rama en rama;
¿te gustan esas aves pequeñas?

ABUELA.—

A todas me encanta verlas,

despiertas están siempre desde temprano
y por el bosque bajan cantando,
su música es tal maravilla,
que el corazón a uno se le llena de dicha.

CAPERUCITA ROJA.—
¿Qué árbol es ese, cuyas hojas
oscilan tanto, como temblorosas?

ABUELA.—
Ese es el álamo temblón.

CAPERUCITA ROJA.—
¡Ajá! Un dicho me sé yo:
«Como un álamo tiembla». ¡Es por eso!
Pero ¿por qué tiembla tanto el árbol entero?

ABUELA.—
Hija mía, yo te lo voy a explicar,
pero mis palabras al viento no debes volver a echar:
cuando nuestro Señor Jesucristo en figura humana
por la tierra entonces andaba,
mucho caminaba por bosque y montaña.

CAPERUCITA ROJA.—
También anduvo por el desierto,
donde a cinco mil hombres dio alimento;
luego sufrió grandes tormentos,
y al final subió a los cielos.

ABUELA.—
¡Cierto! Para tus años es un montón
lo que sabes de la palabra de Dios.

CAPERUCITA ROJA.—
Palabra por palabra está en el Catecismo.

ABUELA.—
Nuestro Señor Jesucristo iba de sitio en sitio,
para predicar su doctrina, a los enfermos curar,
y a nosotros su Evangelio enseñar.

En una ocasión en que el bosque atravesaba,
los árboles supieron al instante de quién se trataba,
en su sinrazón empezaron unos hacia otros a inclinarse
y hasta la tierra a doblarse,
murmurando además, como si saludaran,
y sus sagradas pisadas besaran,
el roble, el haya, y como quiera que se llamen,
muestran con el Hijo de Dios hermosos detalles.
Mientras todos los árboles se inclinan humillados,
ve el Señor Jesús que, del álamo, el tronco
derecho está en su orgullo tonto,
sin querer mostrar su respeto por ningún lado,
ni inclinar humillado el rígido costado.
Dijo entonces el Señor: «Saludarme no quieres,
te comportas como si yo no estuviera presente,
por ello nunca dejarás de murmurar
y todas tus ramas constantemente habrás de agitar,
¡y hasta con el tiempo más tranquilo
tus verdes hojas agitarás sin tino!».
Miedo le entró al árbol cuando Él esto dijo,
y seguirá temblando hasta el Día del Juicio.

CAPERUCITA ROJA.—

¡Sí, sí, el que no lo oye, lo siente!
Adiós, regreso antes de que refresque.

ABUELA.—

Hija mía, antes de irte,
cántame la canción que te aprendiste.

Caperucita Roja canta.

El gatito Misemis salió a pasear
a pleno día por el tejado,
hasta el palomar se ha llegado,
para una paloma atrapar.

¡Miau, miau!
Por el agujero se cuela,
pero apenas al interior llega,
el apetito se le ha pasado:

mira por donde cae en una trampa
para la marta preparada,
y el gatito allí colgado,
agonizando grita: «¡Au!
nunca de un robo te fíes, ¡miau!».

ABUELA.—

Qué hermosa canción, toma nota,
la falta de virtud jamás nada bueno aporta.
Saluda a tu madre, le estoy muy agradecida,
porque a los ancianos y enfermos nunca olvida.

CAPERUCITA ROJA.—

¡Adiós, abuela! Seguro que regresaré,
y por la tarde comida te traeré.

Se marcha.

ABUELA.—

¡La nena se deja la puerta abierta!
¡Así en mi patio puede entrar cualquiera!
Está si cabe más alocada que nunca
y pronto entrará en la edad adulta:
pero eso no es muy importante,
hoy nadie vendrá a visitarme.
¡Cierto es, nada me importa más que esa niñita,
y cómo le sienta la roja caperucita!



CHARLES PERRAULT (París, 1628-1703). Es conocido ante todo por sus cuentos, que recuperó de la tradición oral, entre los que figuran: *Cenicienta*, *La bella durmiente*, *Caperucita Roja*, *Riquete el del copete*, *El gato con botas* o *Pulgarcito*, que fueron recopilados en Cuentos de mamá Oca. Sus historias infantiles perduran a través de los siglos. Llegó a ser miembro de la Academia Francesa.



JACOB LUDWIG KARL GRIMM / WILHELM KARL GRIMM (Hanau, Alemania, 1785-1863 / 1786-1859). Filólogos de formación y estudiosos del folclore. Fueron profesores universitarios en Kassel, en Gotinga y en la Universidad Humboldt de Berlín. Recorrieron su país hablando con los campesinos, con las vendedoras de los mercados, con los leñadores y recogiendo historias de los lugareños, además de estudiar la lengua y su uso, el antiguo folclore de la región, etc. Fruto de este trabajo son sus cuentos, entre los que destacan *Hansel y Gretel*, *Blancanieves*, *La pequeña vendedora de cerillas*, *Juan Sin Miedo*, etc., que recopilaron con el título de *Cuentos para la infancia y el hogar*, y más tarde ampliaron en *Cuentos de hadas de los hermanos Grimm*.



LUDWIG TIECK (Berlín, 1773-1853). Formó parte del grupo romántico de Jena junto con Schlegel, Novalis y Schelling. En su comedia *El mundo al revés* (1798) renovó las estructuras dramáticas tradicionales, orientando su romanticismo hacia lo fantástico y hacia la recreación de las antiguas leyendas de la Alemania medieval. Lo más destacable de su obra lo constituyen sus cuentos satíricos y sus fábulas, como *El caballero Barba Azul* y *El gato con botas*, que se publicaron reunidos en *Phantasus* (1812-1816). En Nórdica ya publicamos sus *Cuentos fantásticos*.

Notas

[1] La chevillette era una pequeña llave de madera que llevaba atada una cuerda que pasaba al exterior por un agujero practicado en la puerta; la bobinette, un tarugo de madera que hacía de pestillo. Obsérvese el ritmo cantable de la frase original: «*Tire la chevillette, la bobinette cherra*». (N. del T.) <<